

# NOTAS

---

## CÓSTUMBRES FUNERARIAS DE LOS INDIOS

Las tribus salvajes denominadas REMOS se encuentran situadas en los impenetrables bosques del alto Río Tapiche, a donde muy contadas personas han logrado arribar. Las tribus Remos, como todas las demás, son sedentarias y hasta hoy no han podido llegar a una relación siquiera imperfecta con los blancos. Únicamente los religiosos, con esa fuerza divina que todo lo puede, han conseguido llegar a ellos y observar cómo viven, qué hacen y piensan de la muerte.

La muerte la conceptúan ellos, una cosa más natural que nosotros, porque según se vé, la esperan y la reciben con una pasividad asombrosa que encanta y bien claro nos dice del elevado concepto que tienen de ella. Y parecen en esto aun reformistas. Para ellos, no ha nacido ni nacerá la tristeza. El recogimiento habitual nuestro, se torna en ellos, en alegría, en orgías un tanto disciplinadas pues hacen gala de una disposición selecta y rigurosa.

Cuando se acerca la hora suprema de la transformación del ser querido, la multitud indómita, comienza arreglada y alegremente a llegar, trayendo cada uno de ellos, tanto los pequeños como los mayores, una gavilla de leñas, su última ofrenda para quien ya parte llamado al Gran Tribunal.

Inmediatamente que se ha producido la muerte, colocan el cadáver en un gran hueco que ha sido debidamente preparado. Luego disponen un horno dentro del cual queda cubierto por las leñas el gran cántaro macabro, para después no verse otra cosa que una gran hoguera, al contorno de la cual danza incesante la vorágine indígena entonado cánticos típicos coreados por la gran multitud inconsciente. No hay velas porque la hoguera es tal, que no se las necesita.

Precisamente a las veinticuatro horas, la hoguera se ha extinguido. Sacando los restos informes del desaparecido, del que no queda otra cosa que un polvo ceniciento, que es recogido inmediatamente, vaciado en unos grandes cántaros de masato y otras bebidas congéneres, que después son servidas a la muchedumbre salvaje.

He aquí todo. A eso solamente se reducen los funerales.

Y luego, todo sigue como antes. Y del desaparecido, no queda sino, quizá, sus recuerdos alegres, sus recuerdos tristes.

Daniel M. Guzmán Cepeda.  
(Iquitos)